EL COLOR de la AMATISTA

Sergio Meier Frei

El Color de la Amatista sigue la odisea de Sergio, un neurólogo, quien se ve envuelto en una trama surrealista al intentar desvelar los secretos de un enigma cósmico. Con la ayuda de Damián, lucha contra Wolfgang T., un ser de otra dimensión, cuya búsqueda de poder amenaza con destruir la realidad misma. Enfrentando pesadillas, confronta su propia existencia mientras se sumerge en un mundo de fantasía lovecraftiana y caos. La narrativa fusiona ciencia ficción, filosofía y elementos místicos, explorando temas de identidad, poder y destino en un viaje emocional hacia la oscuridad y la redención.

Sergio Meier Frei

El color de la amatista

ePub r1.0
Titivillus 17.05.2024

Título original: *El color de la amatista*
Sergio Meier Frei, 1986
Retoque de cubierta: Titivillus
Prólogo: Myriam Phillips

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

La empresa que hoy iniciamos es en verdad una empresa quijotesca pues pretende romper con el terrible aislamiento a que parecen, destinados los escritores, y cuyo legítimo afán es entregar su obra, comunicar, transmitir un mensaje.

Bien sabemos que editar es difícil, pero creemos que si se toma como punto de partida el pilar de la fraternidad, toda empresa —por difícil que parezca— puede llegar a concretarse.

EDICIONES DON QVIXOTE destaca, en esta ocasión a un nuevo valor de la narrativa. Es Sergio Meier Frei, quien irrumpe con luz propia en el ámbito de las letras.

De todas las obras en estudio, nuestro Consejo Editorial ha dado, prioridad al libro de Sergio Meier, con indiscutibles méritos para su publicación.

El joven autor comenzó a destacarse desde muy niño en el campo de la literatura, cuando cursaba sus estudios en el INSTITUTO RAFAEL ARIZTIA de Quillota. Actualmente pertenece al Círculo Literario de esa ciudad.

Porque los mecenas no pertenecen a una especie extinguida —cómo se cree— es que EDICIONES DON QVIXOTE pretende en 1987 continuar desarrollando una fructífera labor.

PROLOGO

En 1916 surgió en Estados Unidos un nuevo nombre dentro de la literatura fantástica: Howard Phillips Lovecraft empezaba a ocupar un lugar destacado con sus extraños relatos que marcaron otro hito en el campo de lo macabro.

Las terribles visiones cósmicas entregadas en sus narraciones llevaban un sello personalísimo, aunque él decía que su literatura estaba influida por los escritos de Lord Dunsany y de Edgar Allan Poe.

Phillips Lovecraft llegó a su vez a ejercer una fuerte influencia en otros autores de su época que terminaron por formar un cohesionado grupo de «iniciados» en torno al Mito Cthulhu, sobre el que giran muchos de los cuentos del autor norteamericano.

Tal vez los seguidores de la literatura de Lovecraft no sean numerosos en el presente; pero cuando se encuentran, se reconocen como las hormigas en el ritual entrechocar de sus antenas y saben que pertenecen a la misma cofradía. Eso fue lo que ocurrió cuando leímos EL COLOR DE LA AMATISTA de Sergio Meier.

Fue la sorpresa del hallazgo: un escritor joven con un talento indiscutible y una potencia creadora que rompe esquemas dentro de este género de relatos. Pero lo esencial es que este autor brilla con luz propia, incorporando nuevos elementos a esta narrativa.

El quiebre de los laberintos
témporo-espaciales
no encierra secreto alguno para él, pues parece poseer la llave mágica que le permite transitar por los universos paralelos a que alude Lovecraft en sus misteriosas descripciones.

En su obra, Sergio Meier solo muestra tangencial mente algunos perfiles de la mítica ciudad de Irem que aparece en los cuentos del autor norteamericano. Meier va bordeando las fronteras hacia el Mito Cthulhu y ello es suficiente para percibir que conoce todo lo

relacionado con los Grandes Antiguos, Esos que esperan agazapados en un recodo del tiempo, en el espacio exterior.

La brecha está aguardando —dice la leyenda— para que Yog-Sothot, vehículo del Caos, Puerta al Vacío, permita el ingreso de LOS DE FUERA, y a NYARLATHOTEP, el Caos reptante, azul tiburón cósmico que devora las estrellas para sumergir a nuestro mundo en las tinieblas.

Pero ¿quiénes son los Grandes Antiguos de que habla la leyenda y cuya presencia se asoma en EL COLOR DE LA AMATISTA, y que aparecen fuertemente vinculados al NECRONOMICON, el controvertido libro que Lovecraft cita en sus narraciones?

Cuando H. Ph. Lovecraft se refirió por primera vez al NECRONOMICON, en 1922, se desataron toda clase de polémicas en torno al asunto. Se decía que el libro, al cual hacía referencia continuamente el autor en sus escritos, era una pretendida recopilación de pautas para tomar contacto con un mundo extraño. Esto apasionó de tal modo a los estudiosos, que se lanzaron febrilmente a la búsqueda del libro.

Algunos dijeron que el NECRONOMICON jamás había existido, sosteniendo que la mención hecha por Lovecraft sobre el libro era tan solo un recurso literario para atrapar el interés de los lectores.

El autor afirmaba que el libro había sido escrito bajo el título de AL AZIF, por Abdul Alhazred, un árabe demente que habría vivido por el año 700, en el Yemen, en la época de la dinastía de los Omeyas. Había circulado una pavorosa versión sobre la muerte de Alhazred, la que se había producido en extrañas circunstancias, al ser devorado por un monstruo invisible, ante aterrados testigos.

Phillips Lovecraft aseguraba que en el año 950, el NECRONOMICON había sido traducido al griego y más tarde se había impreso en latín. Añadía que estas dos versiones habían sido prohibidas por el Papa Gregorio IX, en 1832.

En 1923 empezó a circular una pretendida traducción del libro, hecha por Olaus Wormius quien dice sobre el NECRONOMICON: Contiene ideas y una leyenda demasiado terrible para la cordura y el buen juicio, y forma parte de un horrible ritual que está escrito en un estilo alusivo y alegórico. Porque es un antiguo rumor que el alma comprada por el diablo no se avivará de un barro carnal, sino

que engordará y mandará al mismo gusano que la roe, hasta que de la corrupción emerja una hórrida vida, y los tristes carroñeros de la Tierra se harán astutos para vejarla y hacer crecer monstruos que la infesten.

De la traducción del NECRONOMICON que se dice fue impresa en Amberes en 1571, y que se atribuye a John Dee leemos:

Los Antiguos fueron, los Antiguos son y los Antiguos serán. Desde las oscuras estrellas Ellos vinieron antes de que naciera el Hombre, sin ser vistos y odiosos, Ellos descendieron a la primitiva Tierra.

Bajo los océanos Ellos se reprodujeron mientras las edades pasaban, hasta que los mares abandonaron la tierra, después de lo cual Ellos salieron como enjambre en todas Sus multitudes y la oscuridad reinó en la Tierra. En los helados Polos Ellos levantaron poderosas ciudades, y en los lugares elevados los templos de Aquellos a quienes la naturaleza no pertenece y los Dioses han maldecido.

Y la simiente de los Antiguos cubrió la Tierra, y Sus hijos perduraron a través de las edades.

Ellos han paseado entre las estrellas y Ellos han paseado por la tierra. La Ciudad de Irem en el gran desierto Los ha conocido; Leng, en el Yermo Frío, ha visto Su paso, la ciudadela eterna sobre las alturas veladas por las nubes de la desconocida Kadath llevó su marca.

Voluptuosamente, los Antiguos pisaron los caminos de la oscuridad y Sus blasfemias fueron grandes sobre la Tierra; toda la creación se inclinó bajo Su poder y Los conoció por Su perversidad.

Y los Señores Mayores abrieron Sus ojos y advirtieron las abominaciones de Aquellos que asolaron la Tierra. En su ira, Ellos levantaron Su mano contra los Antiguos, dejándolos en medio de Su iniquidad y arrojándolos lejos de la Tierra al Vacío que hay más allá de los planos donde reina el caos y el cuerpo no permanece. Y los Señores Mayores pusieron Su sello sobre la Puerta.

Es la eterna lucha entre el Bien y el Mal. Y este asunto se percibe también claramente planteado en la obra de Sergio Meier.

Con expedición que denota una gran madurez literaria, Meier va sumergiendo al lector en insospechados ambientes. El deslizamiento desde las densas atmósferas del gótico hasta el mundo marciano del

futuro se produce de manera impecable. De pronto nos vemos atrapados dentro de lúgubres y opresivos ambientes, para emerger finalmente liberados hacia la luz y la quietud.

Por otra parte, sorprende la extraordinaria riqueza lexical de este autor de solo 20 años. Si a ello se añade el hecho de que Sergio Meier muestra gran oficio en el manejo de las estructuras gramaticales y que su quehacer se sustenta en un vastísimo bagaje cultural, no podemos menos que augurarle un lugar preponderante dentro de este tipo de narrativa.

MYRIAM PHILLIPS

I

La melancólica abstracción de tu amor… Oscuridad…

Un cosmos sin luz, sin estrellas en el infinito vacío de la abjuración del color. El profundo silencio, como música de fondo para la articulación del verbo arcano, inscrito está en la frente de la nieve con góticos caracteres negros…

Noche sin luna, y sin estrellas…

La película no se ha proyectado todavía. Espero, espero desde siempre en la espera distraída de la lluvia marciana, roja, desértica…

Mi respiración nerviosa sigue trabajando para el teatro del absurdo, en busca de una promesa de juguetes literarios.

Oscuridad…

Oscuridad de baúl, de caja de cartón en bóveda de acero, oscuridad declamada en la nada. De pronto, todo se rompe al descorrerse la redonda mirilla atravesada de delgados barrotes verticales; aquella mirilla que llenó un ojo de gato… Ese hombre me observaba de nuevo, aquel ajedrecista haciéndome sentir prisionero en el interior de un microscopio. Su pupila verde destilaba luz detrás de la rejilla, el sol ocular se acompañó de una voz «humana»…

—«¿En verdad es esto la lágrima de una lata de cerveza?»

Quise gritar, pero me contuve. Yo no era un neurosiquiatra que había llevado las cosas demasiado lejos. Yo, yo no experimenté para trastornar la política; mis logros no me hacían responsable de la elección de un presidente cuyo gobierno se fundamentaba en la música de los dementes de otros siglos, siglos prohibidos en el Universo lleno de relojes de péndulo. ¿Qué daño le pude hacer a Irlanda? ¿Por qué las latas de cerveza obsesionaron al Mago del

Templo Policial? ¿Dónde está la respuesta? ¿Para qué hube de entusiasmarme tanto con la enfermedad mental de Wolfgang T.? Nunca debí prestar tanta atención a los delirantes apuntes de aquel loco, nunca debí iniciar el peligroso tratamiento que me lo descubriría como un sabio, un sabio que erigió un trono infernal desde la torre del acantilado. Jamás podré olvidar la noche en que le abrí las puertas de mi castillo, jamás podré olvidar la primera visita que hizo a mi laboratorio… en otoño… cuando su mente no interfería con los sombreros verdes y las fantasías del pasado, los retratos no hablaban, las esculturas no hablaban y los espejos no reflejaban a un fantasma.

Ella me amaba, pero tuvo que ocurrir. Mi experimento… por qué… ¡POR QUE!…

La «primavera» amenazaba con llegar a invadir mi estudio; aquella mañana el calor había maltratado mi espalda desde el amplio ventanal, iras mi escritorio atiborrado de libros, revistas médicas y fórmulas, con el lápiz garabateaba en busca de la ecuación que mejor sirviera a mi clase en la Universidad de Y. El exponer en cifras la maravillosa neuroquímica, el mundo del pensamiento, el lenguaje de la memoria… la memoria que extrae las lecturas de amarillentas páginas primordiales: IDEAS SOBRE EL BIEN Y EL MAL de W. B. Yeats y LA OTRA PARTE de Alfred Kubin… páginas y dibujos por tintas inscritas, de infinitos eones transcurridos.

Debo dejar de trabajar por momentos; me distraigo fácilmente y en estas, las antiguas, las primeras ciudades experimentales, siempre fallaron los filtros atmosféricos; pero el aire enrarecido no es completamente responsable de mis desvaríos. Tú, mi amada, me contemplas desde el otoño pasado (que ya muchos han comenzado a olvidar), desde el clima sobrenatural de la mitológica Arcadia… Debo suspender mi trabajo, ya no tiene sentido, ya no puedo ni debo continuar con esta locura…

Vuelvo a contemplar la calavera de cristal, la que me ha acompañado tantos años en la búsqueda solitaria de la fórmula que consiga la salvación ya imposible… Con mi mano la atraigo, y contemplo el cráneo de mi enamorada. Sobre la diáfana superficie

de cristal vuelvo a ver tu rostro… ¡Eres tan hermosa, amada mía! Tu nórdica belleza que me embelesa, la magia de tus verdes ojos… esmeraldas perdidas en el viento, como el polvo marciano… ¡No te preocupes alma mía, nadie podrá romper tu hechizo! Hace cinco mil años murió el último duende verdadero… No, no es así… ¡No puede serlo!… Tienes razón Irlanda, tú eres la tierra de los druidas, las hadas y los leprechauns, aunque los siglos hayan olvidado el nombre y el mundo entero no recuerde que esta ciudad fuera conocida como Dublín.

La mañana dio curso a la tarde, y mi fiebre del día estaba calmándose.

Un cielo que desangraba el rubí del planeta en que moraba Wolfgang, arrastraba el ocaso. Fue entonces que me di cuenta de las voces.

—¡Señora Joyce, qué es ese escándalo de allá abajo! — Permanecí contemplando los colores del crepúsculo, mientras la señora Joyce acudía a mi llamado. La anciana ama de llaves subió presurosa y al entrar a mi estudio observé su figura en el reflejo del ventanal, su figura desgarbada y huesosa, los redondos marcos de sus lentes bifocales, su moño ensartado con palillos de tejer…

—Disculpe doctor, pero el profesor Hirt y su otro amigo, el Inglés, discuten exaltadamente sobre qué es poesía, y yo no sé lo que opine usted, pero yo pienso que la belleza de las palabras y el sentimiento romántico…

—Sí, sí, señora Joyce, voy a bajar a verlos. Disculpe ¿hace cuánto que están en la casa?

—Hace ya tres días, pero usted insistía en que no le molestase nadie desde que se mudó del castillo y se encerró en el estudio. Cada vez que venía y abría la boca, usted me gritaba que le dejara solo, que no le hablara en ningún momento. Entonces no tuve oportunidad…

—Ya no importa, creo que es tiempo de que rompa el suspenso, el silencio sobre mi trabajo. Ayer, en la Universidad llegaron al límite esos dos. Ya nadie presta atención a lo que digo en mis clases; todos esperan que mis nervios me delaten… Creo que me hará bien participar de las locuras de mis viejos camaradas.

No toque nada de mi ordenado desorden, señora Joyce. Ni siquiera limpie el polvo de los anaqueles, o bote las servilletas en

donde siempre apunto una de esas estúpidas ideas que después me sirven de «chistes» para mis clases.

La escalera dio un giro junto a la labrada barandilla, abotoné el chaleco y acomodé mis mangas de lana mientras bajaba los últimos escalones. Desde la biblioteca las voces de Albert y Damián continuaban aumentando de tonalidad. Al entrar en la habitación descubrí a mis acalorados amigos, enfrentándose, con la mesa de ajedrez entre ellos.

—¿Cuál es el problema caballeros? —Al escucharme en el marco de la puerta, se detuvieron ambos como estatuas. Luego de unos segundos voltearon sus rostros, contemplándome como a un fantasma. Damián fue el primero en despabilarse y se adelantó a saludarme.

—¡Sergio, vuelves a actuar normalmente! Disculpa que levantáramos la voz… ¡Solo trataba de hacerle entender a Albert que la Física puede entenderse como poesía! Pero jamás entenderá. Insiste en analizarlo todo y la lógica lo ha enviciado hasta para escribir los títulos del periódico surrealista de la vieja Escuela de Berna.

Albert Floyd, «el Inglés», permanecía sentado ante el tablero. Sonreía con ironía mientras jugaba con el alfil entre los dedos, y su expresión irradiaba aquella paciencia crítica que siempre alteraba mis nervios. Se levantó de su silla para estrecharme la mano.

—Sergio, nunca cambiarás. ¿No sabes en qué siglo ya estamos? Sigues con tus chalecos y corbatas de hace miles de eones, «decimonónicas», al igual que la ambientación de esta edificación. Esta atmósfera la despide la casa y tú… Hace meses que no sabemos qué te ocurre, te encerraste en ti mismo y no hablabas con nadie. Solo dabas tus clases y regresabas aquí sin que nadie te sacara palabra. Me encontré con Damián a propósito del concierto con el que asumirá la presidencia el viejo Gustav… Sé que no le tienes mucha estima…

Albert sabía que hubo un tiempo en que yo mismo postulé un sistema político basado en la música… pero era distinto, muy distinto a lo que el mundo entenderá hoy. Hoy… después de aquel otoño pasado, el último…

Conversamos durante toda la noche, la señora Joyce servía continuamente café para mis amigos y té para mí.

Me sinceré con ellos, respecto a mis fracasos en encontrar la fórmula, y a mi afán de entrevistarme con el demente que cada día trastornaba más y más al mundo. En el fondo yo era el responsable de todo… no lo soportaba, no podía aguantarlo más… Mi esposa murió por su culpa, la criatura más querida por mí…

Lloré, caí de rodillas sobre la alfombra negra y el dolor que sentía en mi pecho, el dolor de mi corazón me llevó al desmayo. La velada terminó mal, muy mal… Al día siguiente desperté en mi lecho. Mis amigos me acompañaban; junto a mi querida ama de llaves me atendían, y poco a poco me fui recuperando de este infarto.

Antes de poder continuar con la historia, me permitiré una pausa, una pausa de pesadumbres y violines macilentos, que al tañer medieval de las campanas canta, declama y llora el lúgubre soneto canción de bronces wagnerianos, canción de amor dramatizado en la niebla, en la pluma de Verlaine, de Goethe y Kafka ¡gloriosos escritores hechizados!

II

Aquella madrugada, al regresar de la Universidad de Y, escuché al entrar la voz de la señora Joyce proviniendo desde mi estudio.

—¡Profesor Hirt, no debe tocar esos papeles! No sé como consiguió desmontar el complicado montaje del reloj cucó en que guarda sus apuntes el doctor; se supone que son mecanismos desconocidos desde eones anteriores al HOLOCAUSTO DE LA LEYENDA…

—No hay problema —la interrumpí—. Damián tiene permiso para examinar todos los apuntes y… él conoce el misterio del reloj para poder abrirlo.

Mi amigo se dispuso a examinar los caracteres rúnicos de la piedra octogonal que mantenía bajo la campana de cristal entre los libros de la estantería antigua, mientras la señora Joyce se retiraba bastante confusa y sin poder despegar los ojos del desmantelado reloj. Era lógico que los engranajes la hechizaran de tal modo, actualmente esas cosas solo se ven en los dibujos de los libros prohibidos…

Alto y delgado, con su esponjosa y abundante barba blanca, mi amigo pertenecía a aquella extraña religión que imponía el uso de un monóculo de plata. Pronto se unió a nuestra plática del día el bueno de Albert, «el Inglés». Traía consigo un libro que había acaparado su atención desde el primer día que llegara, un ejemplar de la primera edición del PARADISO de Lezama, una obra tan antigua como el interés de Albert Floyd en resolver la cifra de «messunkaSebraA.icefdok.segnittamurtn», etcétera…

La mañana se despertó como siempre, fría, impensable, cargada de radiación ultravioleta, insectos y pastizales, neblina eterna y la luz solar refractada por las nubes de ceniza. Albert y yo nos

aventuramos por las calles desiertas de una ciudad construida sobre el mito de «Dublín».

Al salir a recorrer las calles envueltos con los abrigos aislantes, no pude dejar de llevar mi bastón tallado, en cuya empuñadura la estilizada cabeza del Fénix irradiaba una roja luz, emitida por los rubíes de sus ojos. Esta luz, mis costumbres de excéntrico ermitaño y la montura de mis gruesas gafas, siempre llevaban a mi amigo a recordar el mundo que mencionaban los libros prohibidos. Él los había descubierto en el Templo Lunar de Saturno, donde habían permanecido durante millones de eones, siendo respetados en sus cajas de metal, sellados por el temor a la maldición de Hela, la diosa del Infierno. Cuando se supo que un humano había sustraído los objetos de su culto, un grupo de «poetas saturnianos» invocó a la diosa, logrando que el lobo Fenrir y la serpiente Midgard poblaran las horribles pesadillas de mi amigo, de las que hasta hoy no ha podido librarse el hombre más racional que haya conocido; pero las constantes pesadillas son el precio para poder recibir conocimientos de épocas perdidas, entre las cuales ha llegado a enmarcarme en una que define como el «siglo diecinueve», nombre tan extraño como el color azul de sus cabellos y su mirada gatuna. Junto a este fanático del ajedrez llegamos a encontrarnos con dos de los cinco alumnos de la Universidad de Y.

—En verdad que son valientes estos muchachos al venir a estudiar en esta ciudad extraña —observó mi amigo, admirándose de que la mayoría no fueran mutantes…

Seguimos caminando hacia las antiguas instalaciones que regulan a duras penas el clima y el aire, pero que de todas formas nos hacían sentir en mayor medida una nueva «primavera». Lo que narraban los escritos malditos sobre un lejano paraíso me hizo sentir nostálgica amargura…

Detuve mis pasos y levanté el rostro en el que sentí el calor de una lágrima; miré el cielo saturado de óxido nítrico y de color café, no pude evitar de decir en voz alta, trémulamente…

—Después del HOLOCAUSTO DE LA LEYENDA… pensar que degeneramos y caímos igual que el Imperio Romano… Lo que supusimos evolución moral e intelectual fue el camino al desastre… La economía, ¡je! tuvimos zonzos economistas, estúpidos ministros y necios cancilleres. Mejor no hablar de los pasados gobernantes de

la Tierra…

—Cualquier mamarracho era una escultura, una obra de arte. Lo mismo pasó con nuestra literatura… Y las matemáticas modernas nos ahogaron… Llegó un punto en que la tecnología no quería saber nada con los sentimientos, el humanismo se fue perdiendo en retóricas vacuas, periodismo, cronistas morbosos, utopías tan imbéciles como los títeres que se les prestaban… En la búsqueda espacial conquistamos nuevos mundos, sondeamos el

espacio-tiempo

y llegamos al principio y al fin de la creación, pero para entonces ya era tarde, teníamos más máquinas que hombres, y nuestras mujeres… ¿qué pasó con las criaturas de ternura, dulzura e inigualable encanto?… Y eso fue nuestra perdición. Los que dirigíamos las empresas descubrimos muy tarde la verdad de la poesía, la maravilla de las fantasías, el portentoso Universo del Sueño. Experimentamos entonces con drogas que provocaron el delirio, y nacieron los MAGOS DE LA DEMENCIA, seres extraños, de espíritus atormentados, singulares excéntricos de la paradoja e imprudentes aprendices de brujo, seres de inteligencia e hipersensibilidad peligrosas, seres que deberían haber sido destruidos al nacer. Seres como tú, como yo, como los pocos habitantes de Irlanda y como Wolfgang T., el flagelo de la eterna Noche del Infierno, el hijo de la diosa Hela.

Clasificación de divagaciones:

I) —La niebla Germánica en el amanecer.

II) —El tiempo, enclaustrado en el anciano reloj de arenas grises y momificadas praderas. Solo hay gárgolas de piedra, las únicas criaturas que moran en las góticas tinieblas junto a los monjes y sus cantos gregorianos…

—¡Sergio, despierta!

—¡Albert! disculpa, pero… no pude evitarlo, sabes que tiendo a soñar despierto, a enumerar entre tinieblas mis desvaríos…

—Mientras tanto me permití criticar las edificaciones, y mira, hasta los ladrillos de las casas, o el empedrado parecen reales, no se notan sus características artificiales…

—Sí, se trató de copiar lo más fielmente las construcciones primordiales, creo que nuestros abuelos no tuvieron tantos problemas en interpretar los manuscritos iluminados de los evos perdidos; pero es posible engañarse, al salir de la ciudad todo es desierto, rocas y cenizas.

Mientras duraba nuestro paseo, el profesor Damián Hirt había hecho un descubrimiento asombroso. Con la ayuda de los caracteres rúnicos de la piedra octogonal, descifró entre mis apuntes el significado de las caprichosas geometrías amarillentas. La clave estaba en el Templo Policial de la ciudad de Irem, también conocida como al Ciudad de las Columnas, oculta bajo el desierto arábigo.

En el fondo del cofre antiguo que contiene el polvo, el polvo de la tormenta en que descansa la llave, se encuentra el disco que guía a la región de los fantasmas siderales.

Gracias a la ayuda de Damián, nuevamente tenía una esperanza; debía reunir todas mis notas y entrevistarme con el Mago del Templo Policial.

III

Viento, remolinos de polvo, arena, dunas infinitas, arena ¡Arena!… El desierto infinito… el desierto en que lucho por abrir la puerta… Bajo el monolito está la entrada, la llave coincide, y me permito entrar en las entrañas del pasado, en las galerías de piedra, sus oscuras profecías y un pasadizo que se extiende a lo desconocido.

… Al llegar al final del túnel subterráneo por el que se accedía a Irem, me encontré con un gigantesco espejo de diamante. Mi reflejo no estaba en él, como asimismo la penumbra del recinto abovedado. Este era iluminado con la luz que emitía el espejo. En él un laberinto tormentoso congelaba a los criminales. La voz surgió a mis espaldas y pude contemplar la faz del Mago, era un pequeño gato amarillo que me hablaba unas veces en latín y otras en alemán. Me indicó firmar en el Libro de la Noche, para luego conducirme a la escalera que se perdía en el firmamento de la tenebrosa bóveda negra. Le seguí con un temor creciente, a medida que la altura y la falta de barandas invitaban al vértigo, o mejor dicho, a la caída indeterminable. De improviso, los peldaños suspendidos en el aire se acabaron. El Mago lanzó un maullido para advertírmelo en medio de las tinieblas, y elegantemente acomodado en el último escalón, se dispuso a escucharme.

El singular lugar de la audiencia aumentó mi nerviosismo ante el sabio felino. El estar al final de una escalera que solo conducía a una altura en la que el vacío, las paredes y la cúpula se perdían en oscuras y profundas distancias, me hacía sentirme dentro del diagrama de Escher, donde el arriba y abajo solo dependían de mi imaginario punto de vista. La gravedad era dictada en este lugar por Yog-Sothot,

aquel Primigenio desterrado de nuestro continuo
espacio-tiempo
y condenado al Caos. En verdad que la ayuda podía encontrarse aquí, porque Wolfgang T. era el señor del Caos…

Con desesperación agité ante el Mago mis papeles desbordados de fórmulas fracasadas en el intento de vencer en un más allá del tiempo, en función del espacio curvo. Le expliqué el porqué de mi maldito experimento del otoño pasado (aquel que ya muchos han comenzado a olvidar), el porqué de mi culpa en el trastorno de la música en el pentagrama político, en la manía de los sombreros hongos, de colores verdes (como un simbólico tributo a la pereza vegetativa a que se entregaban sus portadores).

También era mi culpa no encontrar la solución; yo era el único responsable de la mente que dio vida a las grotescas esculturas del mundo gótico, las esculturas de la catedral de
s'Hertogenbosh,
pesadillas solo recordadas por el alquimista marciano…

Él me escuchó en silencio, inmóvil, con solo su ondulante cola en movimiento.

Al terminar mi exposición, le supliqué que me invistiera con el poder para amplificar mis ondas mentales al nivel de Wolfgang, durante mi intento, mi último intento para destruir al maestro del Caos.

Contestó arañando el aire con ritual cabalístico y me dijo:

—¿Has escuchado hablar alguna vez de «latas de cerveza»? Pertenecen a un tiempo ya olvidado, pero he rescatado muchas de ellas. Son símbolos de la barbarie humana, que han sido ocupadas para guardar añejas teorías. Las colecciono y Wolfgang T. ha robado aquella que contiene la memoria de Einstein. Deberás traérmela. El poder que me pides ya te lo he concedido.

Recitó entonces las palabras secretas y apareció ante mis ojos el ASTRONOMICUM CAESARIUM de Petrus Apianus, 1540. Este mago inusitado junto a esta obra insólita parecían obra de Wolfgang. El vetusto folio me mostraba el cuerpo de un dragón alado, coloreado en forma brillante y enmarcado por extintas geometrías euclidianas. Números, tintas trazadas a mano alzada. Todo esto conformaban las calculadoras de papel, con cuatro discos regulables para predecir los eclipses. Toqué las perlas pendientes de los hilos que nacían de las

páginas… y entonces me sobresalté con un maullido feroz que resonó en los peldaños junto al resto de las piedras del planeta. Pareció como si el dragón se animara en el manuscrito…

—No vuelvas a tocar algo que fue quemado por el HOLOCAUSTO DE LA LEYENDA. En esta catedral de dioses desterrados, los humanos, no son bien acogidos, aunque el libro TU lo hayas escrito…

Según las leyes de la Magia Policial, solo tendrás el poder mental para destruir a Wolfgang T., mientras dure el eclipse lunar calculado en estas páginas. Ningún computador o tecnología humana puede usarse en esta misión…

Así habló aquel gato amarillo, obsesionado por las latas de cerveza, latas que encierran las burbujas de una sabiduría vesánica…

El Mago del Templo Policial me acompañó entonces hasta la salida, guiándome por cavernas adornadas con inverosímiles antorchas de metal, vitrales donde los elfos ejecutaban sinfonías del valle de Leng, y los muros de ardientes jeroglíficos se extendían en la angustia de no vislumbrar su término. Finalmente los túneles vertebrados encontraron la descomunal puerta, en la que los huesos de la telaraña anunciaban el triunfo del Esqueleto.

—¿Y la lámpara, Mago?

—¿Qué lámpara? ¿La de un árabe loco que se menciona en las cosmogonías de H. Ph. Lovecraft?

—Sí, según lo recuerdo, Lovecraft visitó o tuvo noticias de esta ciudad perdida, Irem, donde fue hallada la lámpara.

—Tu especie la hurtó en eones que ya no puedo recordar. El Templo Policial de la Ciudad de las Columnas le reclama. En la salida de la Ciudad sin Nombre te has referido a LA LAMPARA DE ALHAZRED.

—Sí, ese era su nombre. Alhazred, el autor del NECRONOMICON, uno dedos libros malditos que «el Inglés» devolvió a la Tierra. En esas cosmogonías se mencionan muchas fantasías y terrores que después se hicieron realidades…

—¿Como la última lucha de los Primigenios y los dioses Arquetípicos? ¿Aquella que vuestros historiadores denominan como el HOLOCAUSTO DE LA LEYENDA?…

IV

> «En la garganta del lente oscuro reposa el espacio del desconsuelo, donde Ducasse eleva su delirio, donde mi extinción se llora y Baudelaire escribe sus versos. Nadie escucha a Poe en su lamento, mientras expresa su romántica miseria, que desangra su poesía en que declara: "Yo no he logrado amar sino allí donde la muerte mezclaba su aliento con el de la belleza"…»

El monóculo de plata parecía brillar palpitantemente. Damián Hirt leía las líneas, con el mismo temor que ya había tenido al escribirlas. ¿Cuál era su significado? Creo que el pozo en el que nos hallábamos, me permitía recordar algunos nombres condenados con sentimientos, similares a los que amortajaban a nuestro planeta.

—Sergio, ¿qué pretendes? En este apunte se percibe el morboso deseo de castigarnos a todos. Si el conde de Lautrémont describió en sus CANTOS DE MALDOROR nuestras asquerosas almas, el satanismo que nos rodearía y el tipo de entidad que es Wolfgang T., ¿no deberías abstenerte de mencionarle? Lo mismo pasa con LAS FLORES DEL MAL de Baudelaire. En su poesía está claramente expuesto el hombre de nuestro siglo, pesimismo, angustia… ¡Poe, Edgar Allan Poe eres Tú, el que se enfrentará con el Rey de la Demencia! ¡Y pensar que ya no hay más esperanza…!

—Damián, tú sabes que esa misma «excentricidad» que me caracteriza, es lo que me convierte en le gladiador. Mi espada es arcaica, pero también lo es el ser que nos atormenta. Él y yo nos conocemos desde el inicio de la tragedia, yo he tenido la desdicha de ser el elegido… para llevar las cadenas de una obsesión, de una historia en la que desgarro la cordura… mi culpa es mayor que la

de El…

Damián comprendió; Damián, mi amigo, se levantó y se retiró de mi habitación. En silencio cerró las puertas para que la soledad, la bendita soledad, pudiera ayudarme a descansar.

DORMIR…

UN SUEÑO…

El momento presente se desvanece… hay rostros, fechas, nombres… que se pierden al regresar en el tiempo. El Mago, la señora Joyce, Albert Floyd («el Inglés»), Damián Hirt… Wolfg…, el horror… mi reloj cucú…

El castillo…

El majestuoso castillo sobre el promontorio, ante el océano marciano. ¡Marte! El mundo en el que mi abuelo escuchó, atentamente, el álgebra de la poesía marchita…

Fue mi antepasado quien desarrolló el bravío mar artificial, un maravilloso mar color turquesa que irrumpió en el desértico planeta carmesí.

… Eres la mujer más hermosa, el tierno sueño que acaricio… ¡Te amo!, ¡Te adoro! Eres mi vida entera, aquí está tu hogar alma mía, aquí tu frágil belleza y encanto cumplirán mi sueño imposible. ¡La felicidad es infinita por el hechizo de mi ángel! ¡Las preciosas gemas de tus ojos, tu cabello, mil soles cuyos rayos destellan en la pureza de mi amada!

Tu delicada presencia en Marte, tu alegría y nívea figura iluminan un nuevo Marte, un nuevo planeta en que tu juventud animada conjura la ecuación del verso dormido.

Por la intrincada red de canales dibujados por Schiaparelli, Lowel continuó ante el telescopio, descifrando e imaginando un glorioso ayer, poblado por una sabia raza agonizante, agonizante dentro de su universo, pero la realidad se multiplica ante la impericia humana de conocer el tiempo… TIEMPO: letras buscadas en las ruinas de nuestro ser. Palabra inventada, concepto que demuestra nuestra incapacidad de romper el sello para adentrarnos en el desván de las estrellas, en la eternidad del instante puro.

Marte no es ayer en mi historia, no es un futuro que imaginará

Lowel. Mi rojo planeta es Hoy, un Hoy en los canales marcianos… Los gondoleros conducían sus embarcaciones, izadas como velas las blancas células fotoeléctricas.

Para llegar al castillo se sigue un camino que serpentea hasta la cumbre. A ambos lados se perfilan sobre el polvo, los delgados y retorcidos troncos de los blanqueados árboles secos. Finalmente se percibe el aire marino y en lo alto se levanta el quimérico edificio que domina el paisaje, transformándole en un Camelot resucitado, donde el fantasma del mago Merlín pareciera haber encontrado su período de mito e inquietante leyenda.

Una envolvente atmósfera de fulgurantes naranjas y violetas es disipada por los faroles que sostienen los elfos de mármol, que acompañan al visitante por el parque de tulipanes y orquídeas, por fuentes de quince siglos con juegos de agua, por la ladera de un bosque que se derrama hasta las playas. Un paraje extraído de los Alpes suizos, por entre cuyos abetos se esconden las esculturas de Adán y Eva, refugiados en la vegetación que en las mañanas nubladas recorro junto a mi dulce esposa, tú, mi dulce criatura encantada. Entonces percibes el perfume que las finas flores te ofrecen.

Ante las gradas de mármol, dos enormes escorpiones tallados en la roca vigilan la arcada de la puerta, la entrada sobre la cual se encuentra el emblema de mi abuelo, aquel escudo que no permití que enmarcara las iniciales de mi nombre, grabadas en el anillo del nibelungo…

Bajo la torre que daba hacia el mar turquesa, las olas rompían contra el promontorio, la espuma cubría los roqueríos como el sudario de la música; aquella música que surgía del órgano, llenando todos los corredores ocultos en que moraba EL FANTASMA DE LA OPERA…

Todo era muy hermoso en el castillo, todo era muy hermoso junto a mi enamorada. En la torre pinté tu retrato miles de veces, y al anochecer, la luz de las lunas marcianas iluminaban tu bello perfil. Contemplaba extasiado tu hermosa nariz respingada y menudo mentón de ángel melancólico.

Estábamos solos, la señora Joyce nos acompañaba, alegre de mi elección. Tú conseguiste que la sonrisa volviera a la anciana ama de llaves. Así, los tres juntos vivíamos en un edén que ya se sumergía

en la muerte de las hojas vestidas de oro…

El otoño había llegado…

En la PUERTA DEL INFIERNO de Rodin, las atormentadas figuras aullaron escalofriantes, no como bajorrelieves dantescos surgidos del arte, no como la angustia que dispuso el escultor… Fue el infierno que reveló su canto al acusar la medianoche…

—¡Doctor, venga pronto!… Escuché los golpes en la puerta y al abrir… este hombre mal herido… preguntó por ustedes y luego se desmayó…

—Señora Joyce, prepare el laboratorio. ¡Rápido! Vaya a la torre, tranquilice a mi esposa y no la deje salir de sus habitaciones. ¡Vamos, apresuróse!

Cargué a la maltrecha figura embozada, llevándole a mi laboratorio de alta bóveda subterránea.

Bajo la luz titilante de una vela contemplé el rostro del maltratado visitante, envuelto en la desgarrada capa de armiño. En sus facciones había algo extraño, algo familiar… en su rostro ovalado, sus ojos, su nariz y negros cabellos, sí, algo llamativamente similar, llamativamente parecido a mi persona…

Entonces descubrí en el dedo anular de su mano derecha algo inquietante, pues él portaba un anillo de oro idéntico al mío, a excepción de que conservaba el escudo de nobleza del que yo había renegado. ¿Era real mi paciente? ¿Sería posible que el débil hombre a quien curaba, fuera el príncipe Teodorus?

Teodorus… quien por su parecido físico conmigo, apareciera en la Tierra cuando sufrí aquellos «ataques» de hipersensibilidad, que sumados a los prematuros síntomas del problema cardíaco, hereditario en la familia imperial, hacía necesario un posible «reemplazante» en las campañas gubernamentales.

Mientras le curaba, me encontré recordando una niñez de realeza, aquella realeza que al crecer comencé a odiar, no porque no fuera feliz en ella, sino porque comprendí los oscuros propósitos que ministros y demás miembros de la corte albergaban, mientras habitábamos en un mundo yermo. ¿No había sido suficiente ejemplo lo ocurrido hacía eones? ¿No tenían los resultados de la LEYENDA, frente a sus ojos? Mutaciones genéticas, contaminación radioactiva, desiertos, hambre, miseria, miseria. ¡Miseria! ¿Nunca aprendería la nefasta raza humana?…

Compadecía a Teodorus, sufría terriblemente al verle en el lugar que yo debería haber ocupado, con aquellas condecoraciones y el estropeado sombrero de copa azul, adornado con el broche de diamantes. Yo nunca había creído en los títulos nobiliarios y decidí rebelarme, abandonando los honores de la corte para aislarme junto a mi amada en el viejo castillo de mi abuelo. El castillo perdido, oculto al final de Marte, donde un desierto desconocido se encontraba con un océano rugiente, abandonado en su belleza.

—¡No dejaré que me alcancen!

Bruscamente volvió en sí, se irguió del lecho, sudoroso.

—¡Cálmate, Teodorus, soy yo, Sergio!

—¡Sergio!… Tú… qué haces aquí, ¡Dónde estoy!…

—Tranquilízate, estás a salvo, en el castillo Marciano.

—¡Gracias a los Dioses! pero ¡cómo!… ¡Nunca hubiera imaginado tener tanta suerte!… Gracias por ayudarme… gracias por curarme… Si supieras lo que me ha ocurrido… Ellos mis mejores amigos, consejeros y súbditos… todos contra mí… contra mí… ¡Sálvame, ayúdame!

—Cálmate, tranquilo, cuéntame qué pasa, qué es lo que ocurre.

—¡Ayúdame, Sergio!… estoy angustiado… ¡Mira, estoy herido! Te pido ayuda, quisiera olvidar, olvidar… ¡Ayúdame a olvidar todo lo pasado!

Pasó mucho tiempo antes que sanara de todas sus heridas. Mientras cuidaba al enfermo, revisé el diario y otros apuntes que había traído consigo entre sus ropas.

Teodorus se mostraba en ellos tan romántico como yo, amante de aquella naturaleza verde… que solo se conocía a través de los escasos cuentos de hadas que hablaban de ardillas, cisnes, pinares, cielos azules y límpidos bajo el sol, ciervos… Todo condenado, perdido, destruido por nuestros antepasados.

Con su pluma describía imaginarias historias de un mundo ya olvidado; el mundo en que las gentes contemplaban a diario montañas, lagos, tierras y aire respirable. Todo con colores, temperaturas y claridades preciosas, perdidas… Al príncipe Teodorus le agradaba lo bello, tenía alma de poeta. Sus gustos por el arte y el placer por la ensoñación, le hacían caer en los mismos estados que me habían inutilizado, como el emperador que «ellos» querían.

Su carácter solitario pero magnífico, sus amistades con artistas, aficiones por todo lo relacionado con lo espiritual y desvanecido que moraba antes del HOLOCAUSTO DE LA LEYENDA. Sobre ambos cayó la misma maldición, poseer un alma sensible, perdida en el tiempo, misteriosa y trágicamente superior…

Incomprendido, se encerró tragándose tanto dolor. No existía la felicidad en la época y en el universo que le oprimía con políticas, órdenes, el teatro que debía ejecutar en su calidad de rey. ¡Qué culpable me sentía por haberse puesto en mi lugar!

Yo pude ser feliz, encontré mi sueño. Tú, esposa mía, alma mía, la razón de mi existencia se cumplió en ti, mi amada.

Mi pobre reemplazante, en cambio, debió ocultarse en palacios artificiales, en la música de un imposible claro de luna, de una imposible huida, sumergiéndose en los versos… Él era un genio, sí, un genio, pero nadie acepta semejante sabiduría, semejantes pensamientos en el carbonizado planeta Tierra, consumido.

Teodorus ya estaba más aliviado. Fue larga la espera en el laboratorio, en el cual le mantenía oculto, prohibiéndole inclusive a la señora Joyce cualquier respuesta a las preguntas de mi esposa. Largo fue el tiempo que transcurrió hasta que el débil organismo se recuperara, su constitución era tan enfermiza… inclusive en esto nos parecíamos.

Finalmente tuvo energías para contarme de su extraña e imprevista llegada a Marte, y de su encuentro con el castillo.

—Fue Gustav. Él dirigió la conspiración para derrocarme; él consiguió hacerles creer a todos que estaba loco, que resucitaría la creencia de la salvación humana, de la ÚNICA VERDAD, y que revelaría mi verdadera identidad de «reemplazante».

Me conducirían al sistema de Gligaar, donde permanecería encerrado hasta la extinción de mi vida. Pero olvidaron que un MAGO DE LA DEMENCIA entiende de brujerías, las que me permitieron escapar del crucero en un pequeño transporte. Pero fui perseguido por fragatas que lanzaron sus relámpagos contra mi nave, recibiendo un ataque donde el dolor hirvió en mi cuerpo. Al estrellarme en Marte en una zona desértica y aislada, me entregaron a la muerte… Después de varios evos, recuperé una semiconciencia que me llevó arrastrando por áridas sales que abrasaban mis llagas, y por fin encontré este castillo, en el que reconocí el escudo de tu

abuelo.

—Es una suerte que no le haya sacado, porque ya no enmarca las iniciales de mi anillo, o de cualquier otro objeto personal. Todo eso te lo dejé a ti.

—Quisiera poder escapar como tú hiciste, pero no hay donde encontrar a alguien que se preste al nefasto destino del manicomio. Solo me queda regresar y luchar, pero… Tú puedes ayudarme Sergio, eres neurólogo y…

—No sé cómo podría ayudarte. Eres valiente, no quieres ocultarte, sabes que Gustav es el verdadero demente, y que al no encontrar tu cadáver, debes luchar. Pero llegará dentro de cualquier momento y yo no sé cómo ayudarte.

—La máquina, conéctame a la máquina, por favor, ayúdame,… tú puedes… La máquina…

En el arco del techo se quebraron las esferas del poder. Los ojos de Teodorus brillaron como en la profecía. En el laboratorio presencié la ignota complejidad de los efectos que la diosa Hela provocara en un cerebro humano. La luz infernal que emitió en su transformación, invocó las palabras que arrasaron en la dimensión del sistema, en que el Universo deformado chilló en los sueños de un dios muerto, alterando el espectro de percepción, transformando al cuerpo de Teodorus en el maldito receptáculo de Wolfgang T., la mente del hijo de la DIOSA DE LOS INFIERNOS.

Wolfgang T., quien en su primer segundo de vida, destruyó mi corazón, mi alma, transformando en veneno el contenido de la copa en que bebió mi amada.

La copa se trizó en mil pedazos, y cuando atropelladamente llegué a la torre, ella… ella permanecía sobre el lecho nupcial, hechizada, atrapada en mi agonía eterna, mi agonía que enmudecía ante el cráneo, hermosa mía, a quien contemplo en la pulida superficie de tu calavera de cristal.

Al bajar del acantilado escuché resonar la carcajada demoníaca proveniente desde la que fuera nuestra torre, amada. Wolfgang se apoderó del castillo y antes de marcharme a la Tierra escuché sus gritos de triunfo, en las brumas de la octava dimensión, el balcón de lo abominable.

—¡El Mundo es Basura, Basura! ¡Y yo tengo el poder para destruir la Basura!

¡Soy un ser superior, mi ser, mi carácter, soy una joya que ha caído en la inmundicia! ¡No puedo aceptarlo! ¡La Humanidad es Basuuraaa!

Fui el cómplice para el actual espíritu del dolor, yo permití que el círculo del miedo sirviera de llave, para la catedral del espacio hipergeométrico, para la rata, la urna del espacio abstracto, que… arriba, las escaleras invertidas… cristal cúbico del invernadero del sol… del escriba… navegando en el fondo… profecías… imaginario papel… pierdo el respirar, angustia, angustia, temblor… yo… no, no más… ¡Pavor!… pavor… ¿consuelo?…

… DESPERTAR

… FIN DEL SUEÑO

He despertado en mi cuarto. Fue un sueño, no, más bien el vivido recuerdo, con los detalles que solo el subconsciente es capaz de recrear.

Ya transcurrió el enmohecido tiempo del reloj cucó, y allí está el escrito que leyera Damián, antes de dejarme dormir. Me hacía falta descansar, pero esto fue peor. Hasta el momento no había revivido la narración enfermiza de la memoria, con tanto realismo; tan insólita que me condena a no olvidar. Es de noche, siempre será de noche, amanece solo para mostrarme que debo seguir y mirar por la ventana. Aquel conglomerado de techos puntiagudos, laberinto de casas extrañas, de ladrillos rojos y vitrales mágicos. Tal vez mi mayor emoción de fantasía fuera exaltada por la mandrágora del coronel Moonrrock, mandrágora singular que se cala gruesas gafas de bibliotecario.

La señora Joyce me trajo algo para comer; luego escuché el ruido que me avisó de la presencia de un computador, un cerebro electrónico que emitía impulsos nerviosos por toda la casa. Las sinapsis que salían de la máquina envolvían las paredes y en tentáculos invisibles se apoderaban de los cuartos, especialmente de «mi habitación», de «mi única persona». Ahora comprendía; mientras dormía, alguien atiborró el cuarto de ocultos filamentos que transmitían dentro de mi cráneo una indeseable «ayuda». El MAGO DEL TEMPLO POLICIAL me había advertido, el mago lo había dicho: «Ningún computador o tecnología humana pueden usarse en esta misión… Ningún…»

La señora Joyce estaba frente a mí, contemplándome inmóvil y en silencio, mientras yo luchaba por obtener el control de mis centros motores, los que dominados por una fuerza artificial y zumbante me impedían levantarme del sillón en el que me había quedado dormido, permitiendo mi actual estado… La señora Joyce sonreía… Ella era la única criatura que podría ayudarme, porque no era humana, porque YO LE HABÍA CONSTRUIDO. ¡La maldita androide sonreía! ¡Estúpida, ayúdame! Traté de sobreponerme a la energía que me atenazaba. Temblaba, temblaba, pero conseguí levantarme con mi cerebro abrasado.

—¡Damián! ¡Albert! ¡Auxilioooo!

La señora Joyce con un leve roce consiguió hundirme de nuevo en el sillón, tomó mi mano derecha y acarició el anillo, mientras se arrodillaba y me hablaba en voz baja, cariñosamente, como a un niño. La miraba aterrado.

—No se resista Doctor, su anillo es lo único que le ha delatado. Mi programación es más la de una madre que la de una ama de llaves; le quiero, no puedo llorar, pero conozco el destino que ha perseguido a los reyes del planeta, los descendientes del Gran Emperador del Misterio…

—¡No sabe lo que dice, en mi anillo no está el escudo Imperial! ¡El verdadero rey fue el Príncipe Teodorus, el que ahora se hace llamar WOLFGANG T.!

—No, él fue un «reemplazante». Usted borró las líneas que enmarcaban las iniciales, pero la forma, el brillo… hay marcas que no pudieron ser borradas por completo. Mi querido niño, ahora entiendo el significado de las cartas del Tarot. Hago esto por tu bien, pequeño; si vas, te destruirá y yo no puedo permitirlo… Está en las cartas… Desde allí sonríe la muerte, desollándote…

—Wolfgang no me hará daño, debe desconectar la energía. ¡Señora Joyce, razone por favor!

Alguien abrió la puerta; era Albert, «el Inglés». Se había puesto un casco, que más bien parecía una pecera de metal transparente; él también sonreía… y además portaba una jeringa… estaba aislado por el casco del invisible flujo que se posesionaba de cualquier humano presente en el cuarto.

—¿Sabes, Sergio? Preferimos que mueras aquí, en paz, sin dolor… Soy tu amigo, y la señora Joyce es un androide que piensa y

siente. Sabemos lo que puede ocurrirte, sabemos lo que pretendes, lo de tu misión… ¡Qué terrible! Ahora dormirás hasta el día del Juicio…

V

> «En un cráter lunar danzan los fantasmas de los astronautas que contemplaron el ENIGMA, que vieron asombrados los astros antes de morir y renacer en la sabiduría cósmica, donde un espejo se refleja hasta el infinito de los
> espacio-tiempos».

La partida de ajedrez bajo las eternas nubes de ceniza. Al coger la pieza percibí el frío del tablero. Los jugadores permanecíamos solos en la Universidad de Y, en el anfiteatro de medicina, con nuestros abrigos y el techo de vidrio trizado sobre nuestras cabezas. En la penumbra brillaba la pulida plata de un monóculo…

A no ser por Damián, estaría muerto. A veces, sentir el hielo mordiendo carné y huesos en un mundo contaminado de radioactividad, es preferible. Es agradable sentir, aunque fuera esto, antes que ser combustible para una caldera.

Damián, Damián Hirt fue el que salvó mi vida. Había sido golpeado en la biblioteca, pero recuperó la conciencia en el momento justo en que la aguja hipodérmica se acercaba a mi vena. En ese momento arrancó los cables precisos y el zumbido cesó junto con su aparición en el rellano de la puerta. Alcanzó a detener la mano de Albert, quien no alcanzó a ver el florero que le aturdió. En ese instante la señora Joyce lanzó un gemido de dolor. Nunca me explicaré lo que ocurrió; se desvaneció con los ojos abiertos, musitando palabras incoherentes; su energía se extinguió sin razón aparente, sencillamente se desconectó de la vida, pero por medios que desafían las leyes de la robótica. Lo que se partió en dos no fue algún circuito de fabricación humana, fue su alma…

Nunca me explicaré lo que ocurrió… Albert Floyd «el Inglés», totalmente loco, fue enviado al manicomio de Gligaar… Nunca me explicaré lo que ocurrió.

Según me contó Damián, Albert había averiguado sobre mi misión, solo con sus dotes de matemático. Parece que las ondas emitidas por Wolfgang le afectaron. ¿Y la señora Joyce?

—¿Sabes, Sergio? Nunca me hubiera imaginado que tu ama de llaves fuera un robot. Ellos fueron perseguidos y desmantelados hace eones. Nunca supuse que tú lo hubieras intentado con tanto éxito… ¡Pero si era humana! ¡Perfecta tal vez…! ¡Vaya sorpresa! ¡Y pobre de Albert…! Te salvaste de la aguja, pero no entiendo como resistió tu corazón.

—Creo que debo cumplir con mi misión, y si fue Él quien les hizo esto, me está esperando en el acantilado marciano; me empuja a desafiarle, a enfrentarle. Debo partir ahora, en este instante mismo mi querido amigo. ¡Gracias por salvarme, gracias!

Extendí mi mano en señal de despedida, él me palmeó los hombros. Nos abrazamos fuertemente; en silencio la emoción olvidó el frío, en silencio la emoción dejó en la penumbra el brillo de un monóculo y una inacabada partida de ajedrez, con lágrimas sobre el tablero.

Me encaminé a la catedral, allí escuché las últimas letanías de Hitler. Por la escalera de caracol subí al derruido campanario, que me proveyó de la capa negra, negra como tejida en el paisaje.

Atravesé el cementerio en dirección al espacio-puerto.

Las lápidas blancas, las esculturas rotas, el arcángel de caliza que elevaba su espada flamígera, y el vuelo de una mariposa blanca que vislumbré por unos segundos. Algo imposible, una delicada mariposa que murió hermosa entre las flores hermosas, un fantasma de evos pasados, evos arcanos…

Recordé al Mago, aquel misterioso gato de leyenda y sus latas de cerveza, aquellas que guardaban las memorias de sabios del pasado, sus almas prisioneras en los absurdos recipientes, lágrimas enlatadas; todos somos lágrimas, gotas de licor de una Mente Universal. Ray Bradbury dijo que éramos ÁTOMOS DE DIOS. De la gran sinfonía del Espacio solo somos lágrimas, extraño rocío cuyo destino es sufrir y soñar…

Pienso en Einstein, un físico, un poeta del cálculo trascendental, un genio «enlatado» en manos del enemigo, enemigo que juega con la teoría de la relatividad, retorciendo los límites matemáticos de la percepción y la lógica cósmica.

Dejé atrás el cementerio y las ruinas de una ciudad muerta en el valle de la maleza. Delante de mí se perfilaban las luces y edificaciones del enorme puerto espacial. Se escuchaba el sonido de las gaitas entre las columnas de metal y los monstruosos equipos técnicos que manejaban algunos hombres junto a las naves. En las afueras del cosmódromo se veían las sombras de los matantes que buscaban chatarra.

Entre las torres y tétricos fierros retorcidos, danzaban chispas de colores maravillosos. Eran entidades superiores que vigilaban el despegue y aterrizaje de nuestros vehículos. Estos seres se veían como fuegos fatuos, inteligencias que se habían desprendido de la materia, espíritus superiores con halos brillantes y a quienes nuestros antepasados llamarían «ángeles». Habían estado acompañando nuestro sistema solar desde el nacimiento de los primeros MAGOS DE LA DEMENCIA, pero debo reconocer que si las palabras fueran sinceras, ellos y nosotros nos gritaríamos el «por qué molestan». Si somos protegidos por la locura, deberé callar siempre.

Traté de usar entonces el poder conferido por el Mago. Visualicé a Gustav, al nuevo Presidente que daba un discurso sobre la plataforma del Mar Muerto' ante una multitud de sombreros verdes. Los idiotas escuchaban al idiota mayor que se había proclamado su amo. Con la banda presidencial manchada de vino tinto, se sentaba ante el piano de cola negro, cantándole a la ignorancia de la chusma, a la dictadura abominable y asquerosa que se imponía al necio que aceptaba su gobierno. ¡Oh miseria, abominable batuta de las armas junto a un demente! ¡Aporrea el piano, rómpele las teclas con tu canto! ¡El pueblo aguanta!… Qué visión espantosa he tenido. Uno de los gaiteros me informa que mi navío está listo para partir a Marte, para partir al encuentro final con Wolfgang.

Por encima de la niebla, una noche de azabache se extendía con el temblor de pequeñas luciérnagas, astros que llamaban mi atención con un embeleso fantástico, que apuraba las aventuras de mi curiosa existencia humana…

Casi doscientos metros de longitud ofrecía la nave en la elevada pista de despegue, como una arcaica nave vikinga. Se asemejaba curiosamente a un drakaar, los armadores sin embargo, la habían ensamblado entre planetas de una distante galaxia. Tanques, aletas y tuberías, conformadas por placas de caprichoso empalme, daban forma a la embarcación que transitaba por los mares siderales. Accedí a ella por una rampa de granito, el viento rugió furioso antes de ingresar por la esclusa, en el momento en que la noche eterna consumó la armonía, envolviéndome en sus tintas de arcano tiempo.

El drakaar se elevó entre remolinos de polvo; la nave blanca ascendió desde la mitológica Erín, el muño verde que pinté en las grutas de Dublín.

Acondicionada para viajar a diversas distancias, el transporte ocuparía el sistema más simple y lógico entre mundos tan cercanos como la Tierra y Marte. El túnel hiperespacial que se abría fuera del espacio común, solo se usaba para adentrarse en las tinieblas del universo profundo donde se encontraban las colonias desposeídas del suficiente número de habitantes, que cada día disminuía más y más, hasta que actualmente un solo hombre podría dar testimonio de la conquista, mientras durare su existencia…

Ahora que me encontraba en camino dentro del drakaar enorme y níveo, escuchaba solo la música sintética de los tableros y pantallas, anunciando el correcto flujo de electrones por el aparataje eléctrico. Generadores, el cerebro artificial que tejía el iluminado complejo mecánico, los sensores, espectrógrafos y demás instrumentos, vibraban acompañando zumbidos y tocando una legítima suite del firmamento tachonado de estrellas.

Reposé dentro del óvalo de cristal, deseé que nunca llegara el paradero.

Fue en unos segundos de canto gregoriano que tuve la visión de Irem, bajo las arenas, bajo las rocas más antiguas. Ante mis ojos atónitos, el Mago del Templo Policial se lanzaba al aire, bajo una lluvia de las preciadas latas de cerveza, pateándolas y gritando estentóreamente por más, cazaba algunas de las que iban cayendo. Luego saltó y corrió escaleras abajo, hasta llegar ante el espejo carcelario. Chillando y riendo, arrojó las latas contra la pulida superficie de diamante, quebrándola y dejando en libertad a los

criminales, antes de derrumbarse muerto. Entonces ya no tuve dudas de que el poder de Wolfgang T. había alcanzado su punto álgido al trastornar de esta forma al Mago, aquel singular felino amarillo que declamaba los versos de Schiller.

Apreté con fuerza mi bastón, me vi obligado a ir en busca de algún libro de Historia. Un presentimiento angustioso cubrió con sus alas de cuervo el rincón de las enciclopedias; hojeé sin encontrar el más leve indicio de tintas sobre el papel. Era imposible, pero las leyes de lo irracional habían dejado vacías las páginas de los libros; en los lomos toda inscripción había desaparecido como si nunca hubiera existido nuestra raza. Sabía que en aquel momento se habían borrado todos los testimonios que pudieran hablar de un tiempo anterior, un tiempo anterior al efecto de corona que permanecía todavía en el vacío. Luego de ser borrado el cuerpo que ocupaba el sitio, el cuerpo de la Tierra, desvanecida, destrozada junto con las líneas de la escritura humana. Y por eso la computadora me decía que no podía haber historia alguna, porque esta nunca había existido, y mi sobrevivencia junto a la nave dependía de Él. Todos los bancos de memoria estaban en blanco, el drakaar y yo habíamos nacido de la nada… ¿Qué pasaba con mi cabeza? ¿Es que no me daba cuenta de que todo esto era solo ilusión inducida por la cercanía de mi destino? Marte estaba ante mí, debería arribar en un par de horas, dirigirme al castillo y acabar con todo de una vez.

La máquina había aumentado las ondas mentales de Wolfgang. Usando satélites, amplificó sus emisiones desde el acantilado marciano, dominando así las mentes de los terrestres.

En aquel otoño yo lo tenía todo para ser feliz, pero sabía que solo me sentiría realizado llevando a cabo mi experimento. Pero mi conejillo de Indias adquirió un poder que nunca hubiera imaginado. Yo quería dominar al mundo con mi máquina, pero se adelantó Wolfgang T., adivinando mis propósitos.

El drakaar descendió en el desierto, lejos de los canales y sus gondoleros, lejos de las ciudades de jade y flores de seda, de los prismas de agua entre jeroglíficos de porcelana, lejos del color de la cordura y el murmullo que refleja el tibio amor, el tibio resplandor de un sueño, hilado en una rueca de Suiza…

Aterido, puse mi pie sobre la arena. A escasos metros, con sus

ojos de rubí, el fénix de mi bastón contempló la carroza. Esta era un misterioso carruaje dorado, con caballos y cochero invisibles, las cortinas de raso negro velaban y conferían aún mayor magia al decorado y talla que cubrían hasta las ruedas. En la puerta se distinguía refulgente el emblema de un pasado imperio, anacrónica carroza estilo Luis XIV que me llevaría por los desiertos de Marte, al triunfo o a la derrota.

VI

Ante el acantilado el mar rumorea con fuerza.

Un macabro paisaje se yergue entre la espesa niebla. Humo surgido de la agrietada conciencia humana…

Junto al camino a la cumbre, los elfos de mármol se habían metamorfoseado en grotescos mendigos de sanguinarias expresiones; en sus manos de piedra leprosa sujetaban el alarido de una llama satánica.

La niebla solo se abría entre la ascendente hilera de cuneoos en que surgía el fuego. Este me enseñaba las fuentes ennegrecidas, derruidas y albergando cieno, cieno que se derrama por los muertos jardines. La ladera en que se extendía el bosque suizo está desnuda; hasta la playa solo hay roca desnuda, roca sucia, oscura e impregnada de reptiles. Las hermosas esculturas ya no existen. Su lugar está ocupado por tallas monstruosas, figuras que plasman con certeza nuestras almas retorcidas. Ante el castillo se han agazapado Midgard, la serpiente y Fenrir, el lobo… Ahora entendí, con un estremecimiento, entendí las pesadillas de Albert, tal vez estas le arrastraron hasta la locura…

El castillo, imponente y señorial, estaba sumido en la oscuridad de la noche, apenas vislumbradas sus torres por la luz fantasmagórica de las lunas marcianas. El limo que cubría los muros de piedra respetaba sin embargo el escudo sobre el umbral gótico.

Al abrir la puerta, escuché aumentar el clamor del océano bajo el risco.

Entré con sigilo a la morada que una vez fuera bella, ahora transmutada en tétrica y abandonada reunión de sombras.

Las lámparas de lágrimas rotas, los muebles de tallado roble carcomidos; polvo, silencio solo roto por la presencia de ratas…

Caminé sobre las losas cortadas. En el interior del castillo habían transcurrido los evos ancianos, las armaduras se habían recubierto de tierra, las telas de araña invadían la espaciosa sala cubriendo todo ornamento; los grandes sillones, mesas de piedra, cristalerías trizadas, los cuadros y la marmórea chimenea vetada, todo un conjunto de majestuosidad perdida, acabada, corroída por el influjo del habitante, aquel que busco con amargo desasosiego en este borrascoso lugar que siempre negaré haber conocido. Yo viví en otro castillo, uno bello, glamoroso como quiso mi abuelo, feliz como hiciera mi amada… ¡amor mío, vengaré lo que te hizo! ¡Vivirás de nuevo! ¡Romperé el hechizo con su muerte y tal vez con la mía! ¡Pero nada más importa! ¡Nada!… En verdad hago esto solo por ti, amada, por ti, y no me importan los demás. ¡Nada más importa!

En los retratos me ves, alma mía, desde los retratos… en todas las murallas, y principalmente desde el lienzo mayor, sobre la chimenea… pero algo ha cambiado, no es el tiempo u otro destrozo sobre el cuadro… el retrato tiene algo distinto en los ojos… es el color, sí, el color de… Subo la escalera, no está la alfombra y en los peldaños de desnuda roca dejo caer mi bastón; lo he descubierto, sé cual es el color que ahora tienen tus ojos, es el color de la…

—¡Encantado de recibirte, Sergio!

Me sobresalté con la voz, estrepitosa, retumbando desde lo alto. Wolfgang extendía su capa de armiño, cual un murciélago gigantesco flotando en el aire, elevado ante la puerta abierta de la torre, saludándome con gran efecto teatral desde el final de la escala.

—¿Qué te parece el decorado? Descubrí la ambientación precisa para «nuestra» personalidad… ¿No refleja plenamente tu decadente filosofía? ¿Tu carácter?…

Puso los pies en el suelo y haciendo una reverencia burlesca, me invitó a entrar primero a la torre. Luego estuvimos adentro, cara a cara, él con su capa roja y yo con mi capa negra, solos, mientras entraba por el ventanal el ulular romántico del viento…

¿Cuánto rato estuvimos en silencio? No lo sé, pero permanecimos inmóviles, sintiendo la mirada fría de un espejo, el leve rictus de la muerte.

Leíamos nuestras mentes…

—… Al reverso de un lienzo descubrí mi espectro…

—… Cuántas lunas de insondable valor académico…

—… Uno es tragado por el libro, es como si uno no estuviera leyendo el libro, parece como que el libro lo estuviera leyendo a uno…

—… Es una historia crítica, de un mundo crítico, inmerso en una pesadilla fantástica que morbosamente se cruza con la realidad…

—… Es imposible probar muchas cosas de lo cotidiano…

—… Vivimos en un mundo plagado de «demonios», que cada cual vea a los que quiera ver en las telas…

Me pareció entrever un tono amistoso en su voz:

—¿Vienes a terminar la jugada que dejaste pendiente en la Tierra?… A mí también me fascina el ajedrez…

El universo es un gigantesco rompecabezas, y Wolfgang T. pretendía «reordenar» sus piezas…

—Me sorprende ver que sigues llamándote Sergio, este nombre no corresponde aquí… ¿Por qué al entrar en esta historia conservas tu verdadero nombre?

—Porque esta «historia» pertenece a aquel mundo donde habita mi ego, mis fantasías, realidades subconscientes que conforman la idea de este escrito. Tú, y los demás protagonistas son seres reales, tan reales que no puedo disfrazarme ante ellos, pues en el mundo fuera de mi lápiz siempre me reconocerían.

—Existe una cantidad infinita de mundos que coexisten con el nuestro… ¡Yo soy Wolfgang T! ¡Soy tú mismo, proviniendo de otra dimensión, un Universo Paralelo del cual he llegado a través de caminos inverosímiles, los túneles que abren brechas entre la Infinitud de Universos!

Me encuentro cautivo en este otro continuum, por mi afición a pensar y soñar tanto con este mundo excéntrico y fantástico, el cual creía que solo existía en mis enfebrecidos delirios, en mi alocada imaginación; pero son infinitas las dimensiones, los universos, las posibilidades… Aún lo imposible, lo que no puede ser descrito, impensable por el cerebro humano, es real. No existe la ficción, ya que los universos coexistentes son infinitos; toda variación es posible y cualquier cosa es verdad en alguna parte.

Cuando me vi aquí, prisionero, mi primera idea fue buscar a mi

doble, mi equivalente en esta otra dimensión; tú, mi reflejo, para saber y tratar de entender el porqué de mi enorme tortura mental, tortura a la que ahora he encontrado respuesta. Tu mundo se encuentra más avanzado que el mío, más cercano al fin, desarrollando el cáncer, destrucción celular y mutaciones.

Tu profesión de neurólogo, tus investigaciones y mi quijotesco fanatismo por determinadas lecturas, leyendas y ciencias exóticas, vesánicas, provocó el CRUCE DE LINEAS entre este universo y el mío, quedando atrapado en tan singular posición… Te encontré en el castillo, tal como siempre soñé, medieval, gótico, romántico. Y tú te diste cuenta de lo que pasaba. Al posesionarme del cuerpo de Teodorus, me escuchaste y leíste mis apuntes; luego buscaste la fórmula, la ecuación, la forma científica y mágica de hacerme retornar a mi mundo y desenredar la ilógica y absurda circunstancia. Pero no lo lograste, el experimento falló; fuiste a consultar al Mago del Templo Policial, en Irem… pero parece que he sido más sabio que ese estúpido gato, más sabio que los escasos humanos de esta civilización acabada, podrida… Descubrí entonces que la única forma de regresar a mi
espacio-tiempo,
consistía en terminar de sumir en el caos lo poco y nada que aquí quedaba.

Ahora que ya me aproximo a mi meta, a mi añorada salvación con el sucumbir de este universo, solo falta el toque de gracia, el hechizo final que acabará contigo, mejor dicho, con el que terminaré de DESCONECTARME de uno de mis infinitos YO que habitan en infinitos espacios. Una vez más me burlaré de la Física de todos los universos, declamando mis poemas malditos, trastornando al Cosmos entero. ¡Yo soy Wolfgang T., el Señor de los Desconciertos!

… La lata que guardaba la memoria de Einstein, me he permitido arrojarla al mar hirviente…

… Y algún día alguien leerá en un libro incoherente, la escena que representamos en estos momentos…

—¡Es mentira, mentira! ¡Mentira! ¡Yo podré destruirte! ¡El poder del que te ufanas no puede ser permitido ni en el infinito de los Infiernos!… Lo último que has dicho, el grado de poder que has demostrado… jamás podré asimilarlo …¡Todo es mentira!

—Es imposible probar la existencia de muchas cosas de lo cotidiano… Tú lo sabes; todo es posible al ser infinita la cantidad de universos; al ser infinitas las variantes, cualquier cosa es real…

¿Recuerdas el Juicio Universal Bíblico? Pues bien, si nosotros estamos condenados a morar en las páginas de un libro, los lectores estarán encadenados a su vez en otro mundo paralelo, tal vez en otra dimensión, la que les fue destinada para peregrinar en busca del Absoluto. En todos los infinitos, en el mismo negativo del universo, ellos esperan, esperan el fin de los astros, conjurados por la raza de los poetas, científicos y artistas malditos por el pensamiento. Como tú, están malditos. ¡Malditos! ¡Tú estás maldito! ¡MALDITOOO!

Era el momento del eclipse… ahora podría acabar con él de una vez, invocando la energía de mil soles… Pero entonces… ¡Horror! ¡Mis ojos se encontraron con tu calavera de cristal, amada!

Escuché la carcajada, escuché al hijo de la diosa Hela, triunfante, mostrando ante mi ser despavorido, encolerizado lo único que podía detenerme, lo único que me dejaría impotente. ¡Te había robado del cojín purpúreo en que descansabas! ¡De la Tierra, en Irlanda, bajo el cuidado de Damián! ¡Y ahora te tenía entre sus manos!

—¡JA, JA, JA, JA! ¡Ella es mía, mía; al viejo profesor Hirt tuve que eliminarle, pero ella es mía! ¡Trata de destruirme, de pulverizarme, tienes el poder, es el momento! ¡Trata y ella se traducirá en el concepto NADA! ¡JA, JA, JA, JA! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

Caí de rodillas, impotente, grité con el dolor de mil ángeles caídos; me arrastré y le supliqué sollozando…

A través de las tinieblas de lágrimas vi a Wolfgang, con ambas manos levantando tu frágil, delicada calavera de luz, amor mío, y ya sobre su cabeza, te arrojó con fuerza contra el suelo de piedra. Rompiendo en mil pedazos lo único que me quedaba de cordura, grité, grité durante el estallido, mientras cada fragmento que se dispersaba aumentaba el clímax de mi dolor, atroz e infinito…

Perdóname, alma mía. ¡Perdóname!… Sufrí un dolor indecible en el pecho, como afiladas cuchillas removiéndose cada vez más profundamente entre mis costillas…

Entonces me vi envuelto en la oscuridad, caí en el foso de las tinieblas, caí en la noche sin luna y sin estrellas, eterna…

… Y me encontré de improviso convertido en una «lágrima de cerveza», donde comencé la narración de la desgracia, divagando, escribiendo atolondradamente «dentro» del microscopio.

… No sé qué es esto, estoy solo en la mente de Wolfgang T…

El señor de los desconciertos, el flagelo de la diosa del Infierno nació de aquel otoño marciano en que le conecté a la máquina. Y aquella velada en que tú, amor mío, todavía vivías, tuve la terrible desdicha de invocar a la Brujería…

Y ese demonio transformó mi cuerpo en una lata de cerveza, pero de ella, la última gota, la última lágrima, escapó mi alma… y esa lágrima soy yo, el prisionero que escribe sabiendo que, afuera de mi cárcel tubular brilla un Universo teñido por EL COLOR DE LA AMATISTA…

Soy un pesimista, porque en los ojos de Wolfgang, el color de la amatista me ha derrotado.

Ya no hay más esperanza… Y quienes lean estas líneas, deben creerme, también están condenados…

… Tal vez demore la agonía de su Universo, pero llegará, sí, tarde o temprano el fin llegará… de manos del color de la amatista…

En medio de la amargura insondable, solo poseo en mi memoria una luz, un recuerdo: La melancólica abstracción de tu amor…

Oscuridad…

SERGIO MEIER FREI, (Quillota, 6 de noviembre de 1965 - Quillota, 2 de agosto de 2009)

Sergio Aldo Meier Frei fue un escritor chileno de ciencia ficción. Estudió en el Instituto Rafael Ariztía de su ciudad natal. En vida publicó dos obras literarias: «*El color de la Amatista*» y «*La segunda Enciclopedia de Tlön*», en 1986 y 2007 respectivamente. Esta última, que trata acerca de la multiplicidad de universos paralelos, fue escrita a partir del cuento «*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*» de Jorge Luis Borges.

Sergio Meier fue solo y exclusivamente escritor de Ciencia Ficción, aunque también desarrolló sus dotes de traductor realizando versiones de H. P. Lovecraft (tanto de sus cuentos como del apócrifo «Necronomicón»). De formación principalmente autodidacta, dictó talleres y charlas de literatura, tanto en institutos como universidades del país, especializándose en Literatura Fantástica y Ciencia Ficción. Por su temprana publicación: «*El color de la Amatista*» (Don Quixote, 1986) fue antologado en «*Años Luz. Mapa estelar de la CF en Chile*» (Puerto de Escape, 2006) anunciando allí «*La Segunda Enciclopedia de Tlön*» (Puerto de Escape, 2007) que es considerada la primera novela steampunk

chilena, además de divulgar en nuestro país, conceptos científicos como el «paradigma holográfico» o la «teoría de cuerdas» del universo astronómico. Aún se mantienen inéditas sus novelas: «*Una huida hacia la muerte*» y «*Memorias de un Golem*». Más de 20 años cultivó y difundió el género, participando tanto de agrupaciones en Santiago como Valparaíso, que le transformaron en una figura de culto, dada su temprana muerte, entre los escasos pero siempre fieles lectores de literatura fantástica del país.

Póstumamente y en su año de fallecimiento, fue distinguido como ciudadano ilustre de la Municipalidad de Quillota «en reconocimiento a su aporte al desarrollo de la comuna», galardón que fue recibido en su representación por su esposa Isabel Meier.